

El hombre borrado

José Miguel Vilar-Bou

Publicado en *Historias Asombrosas n°3*
Ilustración de Marc Bou



Comenzó el 2 de septiembre, día consagrado a San Antolín, recoge el santoral.

Ese día una mujer dio a luz cuatrillizos en un hospital de Barcelona. Un jubilado fue condenado a prisión por homicidio imprudente al estrangular durante el coito a una prostituta con el cable del televisor. El Gobierno británico aprobó un plan para la fabricación de nuevos submarinos nucleares. Un total 47 chiítas murieron tras un atentado con bomba en un mercado de Bagdad. Un científico surcoreano aseguró en rueda de prensa que iba a quedarse embarazado. Pero que no sabía quién era el padre. La Policía abrió expediente de expulsión a diez inmigrantes subsaharianos que vivían bajo el puente. Un total de 500.000 personas, según la organización, y 18, según la Policía, se manifestaron contra la política antiterrorista del Gobierno. Los delincuentes A.T. de 21 años y M.R. de 17 fueron detenidos por efectivos de la Guardia Civil como presuntos autores del alunizaje contra una joyería de Tarragona.

Con tantos titulares, con tanto ruido, es lógico que nadie prestara atención a Llorens Molina ese 2 de septiembre, día consagrado a San Antolín, recoge el santoral. ¿Qué le importaba al mundo lo que pudiera suceder en un piso de 50 metros a las afueras de Sitges?

Pero el caso es que tal día el despertador de un teléfono móvil sonó a las siete de la mañana. Y un cuerpo pálido abrió los ojos y se retorció convulso por volver a la vida.

Llorens Molina apagó la alarma del móvil y se encendió un pitillo. En el espejo que en Ikea compró se reflejaba su rostro flaco y blanco. Su cabello negro y encrespado. Se miró sin reconocerse aún. Todas las mañanas invertía cuatro segundos en recordar quién era.

Levantó la persiana. No tardaría demasiado en desmoronarse de puro vieja. Se coló una luz dorada de fines de verano que dibujó las volutas de su cigarro. Se escuchaba la radio del vecino:

El presidente de los Estados Unidos, George Bush, ha garantizado que su Gobierno no planea una guerra contra Irán. Teherán, sin embargo, alerta de importantes movimientos de tropas en el golfo Pérsico así como de la llegada de dos portaaviones a la zona. La secretaria de Estado, Condoleezza Rice, de gira por Oriente Próximo...

Llorens fue a la ducha. Pero entonces descubrió que algo raro sucedía.

—¡Mi dedo! —exclamó— ¿Dónde está mi dedo?

Se miró la mano incrédulo. El dedo índice de su mano derecha había desaparecido. Se había encendido un pitillo, había levantado la persiana y ni siquiera se había dado cuenta. El cigarro se le cayó ahora de la boca. El miedo le obligó a ir al baño. La radio del vecino que no cesaba:

Real Madrid e Inter de Milán se enfrentan esta noche en San Siro con dos alineaciones plagadas de bajas. La mejor noticia para los madrilistas es que finalmente podrán contar con...

Llorens Molina miraba y remiraba su mano temblorosa. Había quedado un muñón limpio. No sentía ningún dolor. Como si su dedo no hubiera existido jamás.

Llamó a la oficina:

—Agencia de Promoción Turística, buenos días —dijo Teresa formulaicamente al otro lado del aparato. Qué vital era siempre su voz.

—Teresa, soy yo.

—Hola, Llorens —dijo la joven cambiando su registro neutro por otro más cálido y chispeante—. ¿Qué pasa?

—Oye, guapa. Hoy no iré a trabajar. ¿Vale? Díselo a Joan.

—¿Estás malito?

—Mira, niña...

—¿Qué? ¿Pasa algo?

—Mira...

Llorens tuvo que sentarse.

—¿Me vas a decir qué pasa? —preguntó Teresa con traza inquieta— Oye, no te quedaba casi saldo. ¿Quieres que te llame yo?

—Sí, por favor.

Un instante después apareció en la pantalla de su celular el número de la oficina.

—Si Joan me pillá, me mata —dijo Teresa.

—Teresa, me falta un dedo.

—De frente, sí.

—Esta noche me ha desaparecido un dedo.

—¿Has mirado en la nevera?

—No es broma. Mira, me voy a Urgencias. ¿Vale?

—¿Vas a ir a Urgencias a decir que te ha desaparecido un dedo?

—Hoy no voy a trabajar.

Colgó.

Teresa le estuvo llamando toda la mañana, pero él desconectó el teléfono. Pasó las horas estudiándose la mano, incrédulo. Claro que no fue al hospital. No tenía ganas de que se rieran de él. Se hizo una foto con la cámara digital que su ex le regaló por el último cumpleaños que compartieron. Eso fue dos meses antes de que conociera a

Teresa, la entonces nueva recepcionista de la Agencia de Promoción Turística de Sitges.

Dejó las horas pasar y su barba crecer. Se tiró el día mirando por la ventana y chateando. Le llegaron cuatro e-mails de Teresa. Ni los abrió. Estaba humanamente anulado. ¿Cómo reacciona alguien cuando le desaparece el dedo anular así porque sí?

Se acostó.

El despertador atronó a las siete de la mañana siguiente. Lo apagó. Le faltaba otro dedo.

—Ay, Dios. ¿Qué es esto? —dijo con voz temblorosa.

Sin ducharse ni afeitarse, se fue al centro de atención primaria de la avenida Capellans. En el bolsillo llevaba la cámara con la foto de la mano mutilada que se había tomado el día anterior.

Tuvo que esperar sentado toda la mañana. Se puso furioso al escuchar cómo los demás pacientes se quejaban de una insolación o de la picadura de un pez araña. ¿Qué será eso comparado con perder dos dedos? A la chica del mostrador le habló de traumatismo para que no le tomasen por loco.

Sonó su móvil. El número de la oficina:

—¿Dónde estás? —preguntó Teresa sin saludar— ¿Qué pasa? ¿Has vuelto con tu ex?

—No, niña —dijo Llorens—. Hace dos meses que no sé nada de Neus.

—¿Entonces qué es? —dijo ahora con una voz más dulce— ¿Por qué no has venido a trabajar? ¿Por qué no me contestas los e-mails?

—Me ha desaparecido otro dedo.

—Por favor...

—No es ninguna broma, niña. Donde hace dos días había diez dedos hoy sólo hay ocho. Créeme. No me he equivocado al contarlos ninguna de las novecientas veces. Estoy en el ambulatorio.

La enfermera pronunció su nombre.

—Tengo que dejarte, Teresa. Me toca.

Siguió a la muchacha de blanco. Le hicieron pasar a una sala. Allí le esperaba un médico joven y delgado con corte de cabello militar. Su cuerpo largo y flaco se apoyaba en una camilla. La bata se quedaba corta para sus largas piernas. Le sonreía afable desde unas gafitas pequeñas y redondas. La palidez de su rostro en pleno verano evidenciaba una acumulación extrema de guardias. Parecía que su piel había adoptado la lividez de las luces alógenas.

—Buenos días. Siéntese aquí, por favor. ¿Qué le pasa?

Llorens carraspeó.

—Me han desaparecido dos dedos.

—¿Disculpe?

—Esta mañana me levanté y me había desaparecido un dedo. Y la noche de antes me pasó igual.

Llorens expuso su mano mutilada ante la mirada cínica del médico. Éste la examinó.

—Pero esto... —dijo. Su voz era metálica, pero no fría— Aunque le hubieran amputado el dedo hace quince años debería haber una mínima huella... y no hay nada. Déjese de bromas. ¿Nació con ocho dedos?

—Esta foto es de ayer. Puede comprobarlo.

Llorens le alcanzó la cámara. El médico miró el monitor donde, efectivamente, aparecía la misma mano 24 horas antes con nueve dedos.

Estudió a su paciente con ojos desconcertados, pero sagaces. Se rascó la cabeza.

—Me sorprende su tranquilidad —dijo.

—Créame, doctor. Estoy tan tranquilo como el Diablo en una convención de exorcistas.

El especialista examinó la mano desde todos los ángulos. Finalmente se alzó de hombros en señal de impotencia. Buscaba en los ojos de Llorens cualquier resquicio de locura o de mero cachondeo. Pero el doctor sólo hallaba miedo en aquellas pupilas negras.

—Espere aquí.

—¿Puedo fumar?

—Desde luego que no —dijo el médico antes de cerrar la puerta.

Regresó al cabo de dos minutos. Le acompañaba otro joven. Este rechoncho y de pelo recogido en coleta. Tenía unas cejas negras y pobladas. Sus ojos, negros y movedizos, iban de lado a lado sobre las hinchadas mejillas. Su boca se torcía en un gesto de impaciencia e incredulidad. Miró al paciente un instante y luego se concentró en la mano y en la foto.

—¿Es para algún programa de cámara oculta? —preguntó a Llorens.

—Qué más quisiera yo. Al menos podría fumar.

—Ya.

El médico alto y delgado seguía desde atrás las evoluciones de su colega.

—¿Qué tengo? —preguntó Llorens.

—Probablemente mucho sentido del humor —respondió el regordete mirándole fijamente bajo sus gruesas cejas.

—A lo mejor a usted le hace gracia. Pero yo he perdido dos dedos en dos días. No saldré de aquí hasta que me expliquen qué ha pasado.

—¿Le duele?

—No.

—¿No notó nada durante la noche?

—Nada.

—¿Y le duele si le aprieto aquí?

—No.

—¿Dónde están los dedos cortados? Porque fueron cortados, ¿verdad?

—No tengo respuesta para ninguna de las dos preguntas, doctor.

Los médicos se miraron inquietos. Salieron al pasillo y regresaron cuatro minutos después.

—¿Tienen alguna idea? —preguntó Llorens.

—Esto es muy raro —dijo el alto—. Le vamos a mandar a Barcelona. Pasará la noche allí en observación.

—Estupendo. ¿Puedo fumar?

—Si se puede permitir la multa...

La ambulancia, en una escena no carente de surrealismo, le llevó al hospital XXX de Barcelona. Allí, médicos y enfermeros le miraban con una mezcla de sorna y desconcierto. Le dieron habitación. La compartía con un chico triste y silencioso que apenas intercambiaba de vez en cuando unas palabras con su madre, una señora que leía revistas del corazón sentada en un sillón negro.

Por la ventana se colaban dos cosas: la luz ardiente de la ciudad y el rugido de los motores de refrigeración.

Le llamó Teresa:

—¿Es qué no pensabas llamarme? —dijo la joven.

—Lo siento, niña. Los nervios...

—¿Qué te han dicho? ¿Ya estás en casa? Esta noche me quedo contigo.

—No puedes, niña. Estoy en el hospital. En Barcelona. Paso aquí la noche.

—¿En el hospital? ¿Pero qué tienes?

—No lo saben.

Al siguiente día Llorens amaneció con siete dedos.

—Dios, si sigo así, dentro de poco no podré ni coger un cigarro —se dijo muerto de miedo—. Un cigarro. Lo que daría por un cigarro.

—Cómo se encuentra —preguntó su nuevo médico entrando recién afeitado por la puerta.

El paciente le mostró la mano mutilada. Al doctor la sonrisa matutina se le quedó congelada. Ni cicatriz. Ni dolor. Ni hematoma. Como si esos tres dedos jamás hubieran estado allí. La enfermera que se había comido la guardia juró y perjuró que nadie había entrado ni salido de la habitación. El chico triste y la madre que leía la prensa del corazón suplicaron que les cambiaran de cama, alegando que aquella aberración podía ser contagiosa.

Esa tarde Llorens vio aparecer a Teresa por el pasillo. Corrieron uno hacia el otro y se abrazaron y besaron.

—Ay, Dios, mi chico. ¿Qué te ha pasado? —preguntó la joven mirando angustiada la mano que apenas conservaba el índice y el pulgar.

—Di mejor qué me está pasando. Porque esto no ha terminado.

—¿Pero qué es? ¿Qué pasa?

—Joder, Teresa — Llorens apretó los dientes— No lo sé. Los médicos no tienen ni puta idea.

Las sombras se alargaban en los pasillos. Los pacientes iban y venían. Llorens y Teresa permanecieron agarrados como náufragos en medio de aquel trajín de convalecientes melancólicos y enfermeras con prisas.

—Hoy pasaré la noche contigo —dijo Teresa.

—Mañana entras a las ocho en Sitges.

—Me da igual. No te he visto en dos días.

Esa noche dos médicos, dos enfermeras y Teresa se encargaron de mantener despierto a Llorens y de no perder su mano de vista ni un segundo. La salud del paciente era perfecta. Se mantenía entero, conversador incluso. Sólo manifestaba un grueso mal humor derivado de la prohibición de fumar. A eso de las tres comenzó a llover. Y la lluvia de septiembre vino acompañada de truenos y relámpagos.

—Esto parece una puta película de terror —dijo Llorens.

La broma causó alguna risa pese al cansancio. La pareja y el personal sanitario conversaron distendidamente. Estaban de buen humor: se acercaban las cuatro de la madrugada y el paciente no había perdido más dedos.

La lluvia no cesaba. Se escuchaba su lamento por toda Barcelona. Casi soterraba el impenitente murmullo de los motores de refrigeración. Un relámpago partió entonces el paisaje al otro lado de la ventana, iluminando la noche. Todos se volvieron hacia el fogonazo eléctrico porque, por un instante, una sombra pareció recortarse en el ventanal.

Cuando se centraron de nuevo en Llorens, otro dedo había desaparecido de su mano. Le quedaban seis.

—¡Quiero irme de aquí! ¡Quiero volver a Sitges! —gritó al médico a la mañana siguiente— ¡Mire mis ojeras! ¡Necesito fumarme un pitillo! ¡Aquí no van a poder hacer nada por mí! ¡Me han hecho todas las pruebas y análisis concebidos desde tiempos de Hipócrates! ¡Esto no es un problema médico! ¿Cómo es posible que una parte de mi cuerpo desaparezca sin más en cuanto le quitan los ojos de encima? ¿No ve que es una marcianada?

—Aguante una noche, por el amor de Dios —insistió el doctor—. Esta vez grabaremos con cámara su mano. Sea lo que sea, no podrá escapar a la grabación. Por rápido que suceda.

Eminentes médicos visitaron a lo largo de esa jornada al paciente. Se formaron reuniones y discusiones bizantinas a propósito del caso. Llorens y su novia veían a los

especialistas entrar y salir de la habitación con idéntica cara de estupefacción y desconcierto. Inaudito. Dedos que se desintegran. Una operación quirúrgica imposible practicada en una fracción de tiempo tan minúscula que costaba sólo concebirla.

Llegó la noche y diez médicos y una cámara estuvieron pendientes del enfermo. Teresa no soltó la mano sana de Llorens un solo momento. Permaneció en vela toda la madrugada con unas ojeras que deslucían su lozana belleza morena. Cuando él se durmió le acarició con dulzura. Estudió los rasgos cansados de su novio. El cabello negro y desordenado. Los parpados oscurecidos por el miedo y el insomnio. Estaba muy guapo cuando dormía. Sólo entonces relajaba esa tensión encarnada en una arruga eterna que partía su ceño.

Le sorprendió lo rápido que voló la noche. El piloto rojo de la cámara sobre el trípode todo el tiempo encendido. Teresa casi no se dio cuenta de que estaba saliendo el sol. Contó los dedos de su chico. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Seis!

Su grito alborozado despertó a Llorens. También los médicos respiraron aliviados tras una noche angustiada.

—¡Ha terminado, Llorens! —gritó la muchacha— ¡Ha terminado! ¡Te quiero!

—¡Oh! ¿De veras sigo igual? —dijo él incrédulo mirándose las manos.

Saltó de la cama. Pero algo le hizo perder el equilibrio y cayó al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Teresa mientras dos médicos ayudaban al paciente a levantarse.

—No sé —respondió Llorens—. No lo sé. Yo...

A los doctores se les desmoronó el triunfo. Le faltaba el dedo gordo del pie.

Los días pasaron y con cada uno se le fue un dedo a Llorens. La fama del suceso creció como una bola de nieve. En los foros médicos de Internet se discutía a saco sobre el tema. Periódicos, radios y televisiones difundieron la noticia. Centenares de llamadas al hospital exigían una comparecencia en rueda de prensa del enfermo. Se planteó la posibilidad de rodar a toda leche un documental sobre el caso para el Festival de Sitges, que ese año vio cómo la realidad iba más pasada de revoluciones que la fantasía.

Por fortuna, el equipo médico actuó como cortafuego e impidió que los periódicos convirtieran a Llorens en un monstruo de circo. Pero no se pudo evitar que los medios calificaran su imagen como la más buscada por los periódicos después de la de Bin Laden.

La sociedad teledividente se conmovió ante las angustiosas vivencias de Llorens. En los programas del colorín destriparon la irrelevante vida de este joven de 30 años, encargado del portal web de una institución turística de Sitges. No tardaron ni cuatro horas en descubrir que su novia era la bonita recepcionista y que se habían enamorado cuatro meses atrás.

—Al parecer —reveló un periodista amanerado en la tertulia de un programa que arrasaba—, Llorens mantuvo una relación de cuatro años con una chica. Pero según mi fuente, la dejó por Teresa Muñoz, la nueva recepcionista de su oficina. Se enamoraron inmediatamente e iniciaron un romance.

Una hora más tarde, una carnalada de becarios con micrófonos y cámaras se hacinaban como puercos en el portal de Teresa. Durante días la persiguieron de su casa al trabajo, del trabajo al hospital y del hospital a casa. Ni en Sitges ni en Barcelona podía moverse tranquila.

También fue muy efectiva la foto de Llorens que todas las televisiones difundieron largamente. Aquel muchacho de barba descuidada, cabello alborotado y ojos negríssimos tenía a la vez algo de duro y vulnerable. Los pómulos se le marcaban como a un trilerero. Pero sus labios eran sensuales y sus pupilas tan penetrantes como dulces.

Igual de mediático fue aquello de que sus padres desaparecieron durante un viaje por Bulgaria doce años atrás, siendo él adolescente. Sus ex compañeros del instituto relataron a cámara cómo el chico tuvo que apañárselas solo. Cómo repitió curso y se fue a vivir con unos tíos de Lloret de Mar.

Habían transcurrido veinte días. Al paciente ya no le quedaban dedos en los pies ni en las manos.

—No puedo ni hacerme una paja —le dijo Llorens a Teresa una tarde en la que se quedaron a solas.

Teresa le sonrió con dulzura:

—Pobrecito, cuántos días. ¿Verdad?

Llorens asintió. Ella le besó con toda la ternura que cabía en su cuerpo y deslizó su mano caliente por debajo de la sábana.

—Relájate —musitó la recepcionista—. Ya me ocupo yo.

—Quiero irme. No quiero saber nada de este hospital. Mi cuerpo se está esfumando. Ya me he hecho a la idea de que esto no va a parar. No quiero pasar lo poco que me queda en una cama de hospital.

—¿Pero y su salud? —dijo el médico.

—¿Mi salud, doctor? ¡Míreme! ¡Estoy bien! ¡Tengo apetito! ¡Mis órganos funcionan! ¡No me desmayo! ¡Mi corazón funciona! ¡No me duele nada! ¡Lo único por lo que me muero es por un cigarro! ¡Un puto cigarro! ¡Quiero volver a Sitges!

Nadie pudo disuadirle. Tanto él como Teresa se enfrentaron a una legión de batas blancas que insistían sin variaciones sustanciales en lo conveniente de quedarse y lo imprudente de irse.

Nada que hacer. De nada sirvió. Esa madrugada Llorens pisó la calle con botas ortopédicas y las manos ocultas en los bolsillos. Teresa le sostenía fuerte porque le costaba muchísimo caminar. No había periodistas a esas horas. Los pocos peatones que se cruzaron no vieron en ellos más que a una bonita pareja muerta de miedo y preocupación. Como muchas otras que nos topamos en la calle o en el metro cada día y cada noche.

En cuarenta minutos de plantaron en Sitges con el coche de Teresa. Bajo la puerta del piso de Llorens había una nota del propietario: *Ya me pagarás el alquiler. Cúrate*. Los peces flotaban muertos en la pecera. El vecino de arriba pegaba o gritaba a su novia, una peruana a la que conoció por chat. Llorens se tumbó en la cama.

—¿Me das un cigarro?

Teresa encendió un pitillo y lo puso en la boca de su novio. Él tragó humo y lo exhaló con un placer inenarrable. También ella fumó. La habitación se fue llenando de volutas.

—¿Quieres que encienda la tele? —dijo ella.

—No. Sólo quiero que estés ahí. Y que me des otra calada.

—¿Qué te está pasando? —se le quebró la voz a la muchacha.

Él tragó saliva. ¿Qué daría por una respuesta? Sólo pudo decir:

—¿Me das permiso para llorar?

Teresa sonrió agriamente. Se abrazaron y lloraron en silencio.

Esa noche hicieron el amor por primera vez desde el comienzo de la pesadilla. Al día siguiente Llorens amaneció sin ropa y sin un pie.

En el momento en que el segundo pie y la mitad de su pierna izquierda desaparecieron, Llorens supo que todo había terminado. Tal vez una inteligencia superior estaba borrándole de la Creación. Tal vez la idea de Dios se reducía a un dibujante que utilizaba su goma de borrar con sadismo y parsimonia. Y se dedicaba ahora a eliminar a uno de sus monigotes. La Inteligencia que movía el Universo

odiaba tanto a Llorens que no le daba ni la oportunidad de morir, convertirse en polvo y ser, algún día, flor, mosca o palacio.

—¿Qué te parece? —le dijo a Teresa— Tal vez dentro de mil millones de años tú formarás parte de una estrella. Pero yo, simplemente, no seré nada porque me habré esfumado. Todo el mundo muere y se convierte en polvo. Pero yo tengo tan mala suerte que estoy condenado a desaparecer sin más.

Una pléyade inenarrable de flipados, científicos locos, putas, iluminados, gárgolas, gorriones, sacapotras, parapsicólogos de bata descosida, arreglamundos, chinches y furcias licenciadas en numerología y copromancia llenaban la programación televisiva. Uno tras otro ofertaban explicaciones serias al caso de los miembros evanescentes de Sitges.

Una aseguraba que la clave del ominoso mal estaba en la desaparición de los padres del enfermo en Bulgaria. Otra hablaba de operaciones quirúrgicas alienígenas ejecutadas con tal velocidad y precisión que el ojo humano no podía percibir las. Un prestigioso conferenciante, que podía presumir en su currículum de tres años y cuatro meses de experiencia en centros psiquiátricos —como paciente—, probó que el cuerpo de Llorens estaba siendo trasladado pieza a pieza por la Inercia Universal a otra dimensión donde el joven podría continuar con su vida una vez que el proceso de transubstanciación se hubiera completado.

—Y según mis fuentes —afirmó el sujeto—, en las otras dimensiones los informáticos están mucho mejor pagados que en esta. Así que Llorens encontrará mejores oportunidades laborales en ese mundo paralelo.

Al hombre borrado todo eso se la soplaban. Médicos y periodistas persistían en estorbarle a todas horas, sin importarles que él no quisiese más que disfrutar del tiempo que le quedaba.

Cuando le dejaban en paz, Teresa le daba largos paseos en silla de ruedas. Volvieron los lugares donde su amor nació. Vieron algunas pelis del festival de cine fantástico como anónimos espectadores. Tomaron café en el bar en que se citaron fuera del curro por primera vez, junto al palacio de Maricel.

—Necesito estar cerca del mar. Y de ti. De los dos juntos —dijo él un día en el que ya no tenía piernas y apenas le quedaban los codos.

Así que Teresa metió a su novio en el coche y le llevó a la playa de Terramar. Eran los primeros días de octubre y en aquel atardecer dorado la arena estaba casi vacía.

—Llévame hasta el agua. ¿Me enciendes un cigarro? Por favor, ponte allí, al lado del mar. Quiero verte así y recordarte así. Qué bonita eres, joder. No. Por favor, Teresa. Sigue sonriendo. No dejes de mirarme y sonreír. Eso es lo mejor que hay en el mundo. Tu sonrisa. Mi vida ha sido muy poca cosa. Menos mal que te conocí. Todos iréis al cielo o al infierno. Yo simplemente desapareceré. Okay, okay. Lo siento, lo siento. No quise hacerte llorar. No quise. Por favor, aguanta. Es tan... cuatro meses contigo. Niña, han sido lo mejor de mi puta vida. Algún día harás muy feliz a alguien. ¡Oh, cállate! ¡Claro que sí! Dame otra calada. Okay, niña. Pues entonces no pienses en ello. Pero algún día pasará. Te enamorarás de alguien. Y es cojonudo. Sí, niña. Es cojonudo. Te quiero, joder. Quiero que sonrías.

Nadie se hizo ilusiones. Al siguiente amanecer Llorens Molina tenía un solo codo. Eso significaba que en 48 horas dejaría de vivir. La razón: según la lógica que la extraña enfermedad había adoptado desde su inicio, el resto del otro brazo sería lo siguiente en esfumarse. Tras eso sólo quedaba una posibilidad: cabeza o tronco. La desaparición de uno imposibilitaba la vida en el otro. La vida. En el cuerpo de Llorens ésta tenía cada vez menos espacio donde refugiarse. Se resistía terca a la extinción, pero ya no había refugio posible. El informático era apenas un trozo de carne inmóvil, perdido en medio de la cama. Pero, milagrosamente, conservaba la energía de

siempre. Nadie podría adivinar que aquel era el más sentenciado entre todos los hombres del mundo.

Tal vez por eso los médicos se rindieron a los gritos de Teresa y les dejaron solos en las últimas horas que les quedaban. Amigos y parientes pasaron con él aquel penúltimo día en la Tierra. Uno tras otro desfilaron. A todos desconcertó la vitalidad del moribundo. Una cabeza, un tronco y un codo tan vivos como los de cualquier ser de la Creación. Él, que iba a ser *descreado*, seguía sin sentir dolor ni debilidad.

Y aun así la tarde se reveló agotadora porque las visitas —las despedidas— rozaron lo infinito. Y sólo cuando cayó la noche pudieron cerrar la puerta por fin. Eran las nueve y cuatro minutos. Cenaron sobre la cama. Teresa prendió velas en la mesita y cocinó lo mejor que supo. Él había sido siempre el más hábil de los dos con los fogones. Descorcharon cava y bebieron apenas dos sorbos. La joven le ponía el tenedor en la boca y le daba de beber.

Afuera Sitges permanecía en sombras, con el mar respirando como un dragón dormido.

—Incorpórame, por favor —dijo Llorens—. Quiero mirar por la ventana.

Así lo hizo Teresa. Colocó a su chico ante el cristal. El informático alargó el cuello con la intención de asomarse. Pero entonces lanzó un grito aterrorizado.

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto? —exclamó.

—Yo... —dijo Teresa muerta de miedo y desconcertada— creo que he visto una sombra. Pero nada más.

—Era... era... un dedo grande como el sol —dijo él—. ¡Cómo el sol!

Amaneció.

Llorens era una cabeza y un tronco.

Teresa despertó consumida y pálida. Parecía más enferma que su novio. Si es que éste llegó alguna vez a estarlo. Miraba incrédula lo que quedaba de quien un día la enamoró con su sonrisa de duro americano. Sintió que le amaba más que nunca. Joder, cuánto le amaba.

Él se mostró apático. Rechazó la propuesta de dar una vuelta por el *Passeig de la Ribera* en su silla de ruedas. Le daba igual. La alucinación de la noche anterior, aquel dedo grande como una cordillera, una ciudad o el mismísimo mar, le había derrengado. A Llorens no le apetecía vivir. La suya era una vida finiquitada. Algo innecesario de lo cual Dios había decidido prescindir. Así se lo dijo a Teresa. Tales palabras la hincharon de rabia:

—¿Qué el mundo no te necesita? ¿Y qué hay de mí? ¿Yo no soy parte del mundo? —rompió a llorar— ¿Qué va a ser de mí? ¡Oh, joder! Quisiera haberte tenido conmigo más tiempo. Aunque fuera sólo un día más. Ojalá te hubiera conocido antes.

Podían ser las diez de la mañana. Unos nudillos golpearon con suavidad la puerta de casa. Se miraron extrañados. No esperaban a nadie. Sólo a la Muerte. Quién sabe. Tal vez era ella que le hacía a Llorens el honor de pasar a por él en persona.

Teresa se quedó sin palabras al abrir.

—Neus —dijo—. ¿Verdad?

—Sí. Y tú eres Teresa. Te he visto por la tele. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Neus entró en el recibidor. Miró cada cuadro, cada rincón, cada silla. Lo observaba todo con ojos llorosos. Incrédulos.

—Me vas a perdonar las lágrimas —dijo la recién llegada ocultando las húmedas pupilas verdes—. Pasé cuatro años en esta casa. Has cambiado muchas cosas en pocos meses. Ese mantel, esa alfombra... son chulos. Tienes buen gusto. Yo... me siento rara siendo la invitada.

—No te pongas en ese papel —dijo Teresa todavía muy cortada. Era la primera vez que veía en persona a la ex de Llorens, la hermosa rival a la que había robado el novio—. Esta casa es, estadísticamente, diez veces más tuya que mía.

—¿Dónde está?

—En la cama.

—Hoy terminará todo, ¿verdad?

—Hoy terminará todo.

Las dos se echaron a llorar.

—Es... todo es tan relativo... —dijo Neus— Le he odiado cada día. A ti también. Pero en realidad, ¿qué más da que él me dejara por ti? La importancia de las cosas es algo tan... irreal. ¿No crees que a veces es inevitable chocar y aplastar a los otros? Porque yo me siento aplastada por ti. Y por él. Tú no sabes cuánto le quise.

—¿Has venido a juzgarnos? —dijo Teresa.

—He venido a despedirme de él.

—Está en *nuestro* dormitorio.

Neus se tragó su despecho y entró en la habitación. La visión de Llorens reducido a un tronco la dejó paralizada en el quicio.

—Llorens...

Contuvo una lágrima.

—Cierra la puerta —dijo el moribundo—. Supongo que querrás intimidad. Teresa esperará fuera. Siéntate a mi lado. ¿Me encientes un cigarro? Así que sigues fumando *Lucky*.

—No he cambiado mucho de costumbres —dijo Neus con los ojos todavía húmedos—. En realidad las cosas no han cambiado nada. Mis padres te echan de menos todavía. Se nota que no estás, sobre todo cuando vamos al chalé. Y en la boda de Rosa... muchos no sabían que habíamos roto. Y me preguntaron por ti lo menos cinco veces.

Neus acarició la colcha con su mano. Por su cabeza cruzó un tren nocturno de recuerdos, noches de cuerpos y abrazos. De besos y orgasmos temblorosos, titilantes como las estrellas. Todos en esa cama donde ahora se despedía para siempre de su ex.

—Estás muy guapo. A pesar de todo.

También ella estaba bonita. Más delgada, triste tal vez, pero cautivadora con sus ojos verdes y su cabello castaño.

—¿Me odias? —dijo Llorens— Si es así lo entiendo. Pero ¿sabes? No quiero adornarlo: yo ya no estaba enamorado de ti. Irme con Teresa no fue una locura del momento. No me arrepiento. Sólo fui consecuente con mis sentimientos.

Neus se serenó y dijo:

—Quisiera abrazarte.

—Claro.

La muchacha se le abrazó y así se quedaron durante mucho rato. Sin hablar. Después de cuatro años juntos, las palabras estaban de más.

En algún momento Teresa, que espiaba desde el otro lado de la puerta, abrió extrañada por aquel silencio prolongado. Al verles así, agarrados, dio marcha atrás y cerró sin hacer ruido.

Neus salió el dormitorio tambaleándose. Tuvo que sujetarse a la pared para no caer. Sus ojos se cruzaron con los de Teresa. Las dos rivales se miraron un segundo. Luego se abrazaron y lloraron porque ese día ambas iban a perder una parte insustituible de sus vidas.

—Siempre le querré —dijo Neus.

—Y yo —dijo Teresa.

Llorens y Teresa hicieron el amor muchas veces a lo largo del día final.

—Bueno —dijo Llorens—, qué consuelo. Pocos moribundos se lo montan así de bien en sus últimas horas.

Por algún milagro consiguió que Teresa riera. Ambos sabían que era la última risa que compartían. No hubo lamentos. Renunciaron a preguntarse el porqué de su destino. Apuraron las horas mientras las agujas del reloj giraban irremisibles y la tarde enrojecía.

A la mañana siguiente Llorens era una cabeza sin vida sobre la almohada. Teresa, que sintió el cuerpo desaparecer con el primer rayo de sol, la abrazó y lloró sin consuelo hasta quedarse dormida con ella entre las manos.

Un día después, la funeraria tuvo que apañarse con una oreja.
Para la hora del funeral, no quedaba nada que enterrar o incinerar.



José Miguel Vilar-Bou (Alfajar, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bélgica y Serbia. En España ha trabajado para numerosos diarios, revistas y televisiones. Es autor de la novela *Los navegantes* (AJEC, 2007) y ha publicado cuentos en las antologías *Visiones* y *Melocotón Mecánico*, el diario *El País* y las revistas *Galaxia* e *Historias Asombrosas*. Fue ganador del concurso de literatura breve de la Universidad Cardenal Herrera-CEU en 2002 y obtuvo el segundo y tercer premio en 2003. Sus cuentos han sido traducidos al serbio y publicados por la revista *Grádina*.